

ANTONIO MARTÍNEZ MENCHÉN, EL LÚCIDO HERMANO SILENCIOSO

Fanny Rubio

Meses antes de la muerte del escritor Armando López Salinas (en marzo de 2014), en una reunión íntima con motivo de la muerte de la esposa del escritor, Teresa Balduque, coincidí con mi paisano el narrador linarense Antonio Martínez Menchén, que regresa a mi memoria en cada uno de nuestros encuentros que evoco en la distancia con las mismas características que van unidas a su figura intelectual: solitaria, callada, pensativa, afectuosa.



Antonio Martínez Menchén con su hermano Andrés Sorel.
Foto gentileza de Carlos Martínez Aguirre

Antonio me resultaba próximo a pesar de que a lo largo de décadas llegamos a coincidir apenas media docena de veces. Lo sentía muy cercano especialmente por encontrarme por azares de la vida dentro de su ámbito familiar a través de sus hermanos Andrés Sorel y Jesús Felipe Martínez, “paisanos” y amigos míos en nuestra clandestinidad antifranquista madrileña, compañero de curso Jesús en la Universidad Complutense y vecinos de barrio Andrés Sorel y Teresa, también de mi calle linarense. A ello sumo la convivencia literaria en mis años de estudiante en la Universidad Complutense con sus cuñados los poetas Francisca Aguirre y el marido de ésta Félix Grande, director de *Cuadernos hispanoamericanos*, revista en la que publiqué en 1973 mi primer trabajo de crítica literaria acerca de la obra poética de Dámaso Alonso.

Dentro de ese grupo intelectual de creadores “puros”, salvo su hermano Jesús que era profesor, Antonio Martínez Menchén opta conscientemente por mantener su “doble vida” como narrador y funcionario del Ministerio de Educación. Alguna vez nos asistió con su bien cuidado y majestuoso coche en la ciudad universitaria para salvarnos en plena manifestación estudiantil de las arremetidas de la caballería gubernativa hasta dejarnos en un semáforo de Cuatro Caminos antes de llegar a su casa. Compañero de oficio de José María Merino, compartió junto a Merino y su hermano menor Jesús Martínez la edición de la obra *Los narradores cautivos* (1999). Incluso en su carrera narrativa en la que destacan *Cinco variaciones* (1963), *Las tapias* (1968), *La caja china* (1985) se afirma una elección desarrollada en el tiempo por la literatura breve, género en el que Merino es también maestro, y la literatura infantil y juvenil.



dentamente por mantener su “doble vida” como narrador y funcionario del Ministerio de Educación. Alguna vez nos asistió con su bien cuidado y majestuoso coche en la ciudad universitaria para salvarnos en plena manifestación estudiantil de las arremetidas de la caballería gubernativa hasta dejarnos en un semáforo de Cuatro Caminos antes de llegar a su casa. Compañero de oficio de José María Merino, compartió junto a Merino y su hermano menor Jesús Martínez la edición de la obra *Los narradores cautivos* (1999). Incluso en su carrera narrativa en la que destacan *Cinco variaciones* (1963), *Las tapias* (1968), *La caja china*

(1985) se afirma una elección desarrollada en el tiempo por la literatura breve, género en el que Merino es también maestro, y la literatura infantil y juvenil.

Los temas de Antonio Martínez Menchén bien desplegados en su narrativa con pulso minucioso están atravesados por la historia de la posguerra española y una tensión, muy de época, la del escritor de concien-

cia que pelea duramente con los condicionantes de la existencia colectiva en aquellos años. Como en su día hicieron Luís Martín Santos, Daniel Sueiro o Isaac Montero, procuró superar los obstáculos soportados ante la implantación de la estricta censura de la dictadura. Sorteó las dificultades de su generación para interpretar el mundo que rodeaba entonces a un joven escritor decidido a saltar con destreza literaria muchas de estas barreras apoyado en la indagación psicológica de la condición humana en aquella sociedad quebrada, enmarcada en sus paisajes llenos de vida. El mundo andaluz de su infancia lo asiste como una fértil enredadera se multiplica en los patios de las casas de sus personajes, llenos de inocencia y ganas de vivir. Ha sido la crítica María Elena Bravo quien ha profundizado a través de esta narrativa en la inevitable frustración del autor, compensada de manera ostensible en los relatos de literatura juvenil con el peso de la imaginación y del sueño.

El escritor de conciencia social que representa Antonio Martínez Menchén lleva a su escritura a detenerse en los cuadros trágicos de lo real histórico entrevisto en la orfandad de aquella pérdida inicial poblada de soledades y sentimiento de incertidumbre. Son sentimientos analizados por sus comentaristas como logros. Soledades arraigadas profundamente en sus adentros más elaborados, aspecto destacado por su hermano Andrés Sorel, que justifica su desdén por los reconocimientos oficiales y el paseillo de la feria de las vanidades de la literatura banal que se puso de moda a partir de los años noventa.



Antonio Martínez Menchén (segundo por la derecha) con otros escritores en el teatro romano de Mérida, Foto gentileza de Carlos Martínez Aguirre

Antonio Martínez Menchén patrimonializa su arraigo en la Andalucía de la adolescencia donde despierta su sensualidad en medio de un mundo exuberante. Reconocía este hecho cuando rememoraba sus primeros años apoyado en los poemas andaluces de Antonio Machado, poeta destacado por el escritor entre sus lecturas de cabecera.

José María Merino destaca en las vibrantes colecciones de relatos breves de Martínez Menchén cierta desolación ante un mundo absurdo entonado por los filósofos europeos de los años cincuenta, un mundo insoportable del que el escritor se aísla voluntariamente compensando la indagación, en sus propias palabras, “del narrador araña que teje la tela de su narrativa de la sustancia que segrega” con un sentido del humor compasivo que nunca le falta y una riqueza imaginativa y exigente. A lo que añadimos la sinceridad, valores que la literatura comercial española ha ido perdiendo en este siglo y que regresarán sin duda de la mano de novelistas grandes y perdedores obcecados en beneficio de la lucidez expresiva, como dejan bien claro los íntimos amigos narradores Armando López Salinas y Antonio Martínez Menchén.